

LA PAZ EN LA TIERRA

Luis Fernando Valero Iglesias

El 11 de abril de 1963 se dio a conocer la encíclica *Pacem in Terri*, en ella Juan XXIII, afirmaba que la paz, un deseo supremo del ser humano no podía llegar si no se respetaba el orden establecido y que la paz se logra tan sólo con justicia, amor, libertad y solidaridad.

Los años sesenta del siglo pasado eran años en donde la guerra fría estaba en auge. En aquella década fueron asesinados John F Kennedy, Malcolm X, Martin Luther King y Robert F. Kennedy. En Europa se consolidan las reconciliación franco-alemana, origen de la posterior Unión Europea. Por aquella época en Hispanoamérica, Cuba comenzó a exportar la revolución comunista al resto de los países latinoamericanos con el apoyo económico y político de la URSS, lo cual lo cual representaba una agresión al sistema “democrático-capitalista” pregonado, difundido y hasta impuesto por los Estados Unidos de Norteamérica en el resto de los países latinoamericanos.

En Venezuela hubo varios grandes alzamientos militares como lo fueron el Barcelonazo, el Carupanazo, el Portañazo y otros con un poco menos de intensidad. Mientras por Colombia se estaba gestando de igual manera la unión del Partido Conservador y el Liberal dándose así lo que se llamó el “Pacto del Frente Nacional Unido”; creando un bipartidismo estrecho que no permitiría la inclusión de ningún otro. Este tipo de acciones sumadas a las distintas violaciones de los Derechos Humanos, y dio lugar a un movimiento guerrillero en 1966 que aún perdura y que es motivo de que en estos días se haya firmado la paz y estemos celebrando la llegada de ella.

Pero no es menos cierto como señala Juan XXIII que la paz puede darse en la sociedad, si primero se da en el interior de cada persona, que está obligada a respetar a sus semejantes (seres humanos), además de valorar el mundo del trabajo, la actuación de la mujer en la vida pública, entre otras cosas y los derechos de los más pequeños.

Gandhi señaló que “Si queremos enseñar una paz verdadera en este mundo, tenemos que continuar una auténtica guerra contra la guerra, debemos empezar por los niños” Y en ese sentido es clave la educación.

En demasiadas ocasiones los arreglos que se han hecho sobre los conflictos armados, IRA, FMLN, derrotas como la de la ETA y otros movimientos armados en ocasiones presentan trampas saduceas que se convierten en pan para hoy pero hambre para mañana y si triunfan las guerras revolucionarias que prometen la Ítaca maravillosa o el Shangri-La divino, Cuba y Nicaragua, Venezuela ya hemos visto en que se han convertido al paso de los años.

Aún hay mucha labor por hacer pues se olvida lo más importante la Educación para la Paz, una educación que siembre la semilla en la futuras generaciones, semilla que sólo puede fructificar si las condiciones en que se desarrollen esas generaciones sean justas y equilibradas y sobre todo, cumplan con los derechos humanos vitales que acompañan a una buena educación por la paz, justicia social y condiciones de desarrollo armónico en todos los sentidos.

Si analiza cómo están esas sociedades que firmaron procesos de paz, o declararon “altos de fuego” El Salvador y otros, sabemos que aquellas paces sólo ha servido para

amnistiar a los que desean hacer borrón y cuenta nueva y protegen a los que violaron derechos humanos, a los que no se puede tocar porque hay una amnistía, los asesinos de monseñor Romero o los sacerdotes salvadoreños, jesuitas o las monjas norteamericanas. Y en otros países como Nicaragua o Cuba ya se ve hacia dónde camina los logros de las revoluciones que iban a traer la paz y la justicia social, cambiar las leyes para perpetuarse en el poder a los “salvadores del pueblo”.

Hoy más que nunca es necesario que seamos conscientes de que la globalización acompañada de un “capitalismo salvaje” deja sectores de la población marginados y excluidos. Y que aun, en la “rica Europa” a la que tantos desean emigrar las clases medias se están de pauperizándose y los excluidos aumentan significativamente. O se producen fenómenos como el de Donald Trump cuya solución para los conflictos es el racismo y la xenofobia y el populismo contra aquellos que no son de su cuerda.

Ante esta realidad se deben aplicar políticas sociales de inclusión que permita que todos los hombres que habitan nuestra puedan vivir dignamente.

El gran problema de nuestra civilización es de carácter cultural y moral. Para revertir esta situación necesitamos recuperar el rol de nuestras instituciones sobre todo de la educación y en ella, las universidades tienen un papel primordial ya que en ellas se preparan los cuadros de los dirigentes, que teóricamente son los más preparados y deben dirigir el rumbo del camino a seguir.

Y es necesario que los dirigentes políticos y empresariales tomen en cuenta que el

ser humano no es solo un instrumento para sus beneficios personales, sino para mejorar la sociedad en su conjunto.

Ante la nueva paz que se vislumbra en Colombia es necesaria que las universidades desarrollen programas para preparar profesionales en los diferentes aspectos sociales, asesores de la paz, que acompañen a los nuevos refugiados, a los combatientes que han aceptado la paz, a los campesinos para que tengan herramientas psicosociales para afrontar una nueva vida.

Al igual en la frontera colombiano venezolana hay que crear escuelas de paz que enseñen a convivir a los desplazados en los llamados aliviaderos, a los reubicados a desarrollar patrones de solidaridad, de justicia social, de diálogo, de enriquecerse con los nuevos patrones afectivos sociales de concordia y amistad.

Hay que crear procesos educativos que sean capaces de desarrollar habilidades sociales, que se eduque, en un aprendizaje que fomente el conocimiento de un humanismo creativo y ofrezca herramientas y competencias para desarrollar una vida social justa y solidaria.

Hay priorizar, mantener y desarrollar, programas como el doctorado “Mons Arnulfo Romero la doctrina social de la Iglesia” y el doctorado de PAZ, mención ciudades sostenibles, gestión de riesgos y representaciones sociales en la Universidad Nacional experimental del Táchira (UNET), con programas de esta índole la universidad cumple su compromiso con la sociedad donde esta contextualizada.

Tarragona, España